

2

En torno a las lecturas de Santa Teresa

(Hacia una catalogación teórica de sus actos lectivos)

Por Isidoro VILLALOBOS RACIONERO (*)

La lectura de un libro ha conmocionado a muchos hombres con el poder de una revelación. La aventura lectora ha tenido para ellos desenlaces de importancia extrema, bien como afirmación, bien como rectificación e incluso conversión radical de actitudes vitales. Esto que decimos no es nada nuevo: la ficción literaria y la realidad nos ponen a la mano numerosos ejemplos. En España, Don Quijote y Santa Teresa pueden valerlos.

Ocuparse de las lecturas de la Santa de Avila, en el estado actual de las investigaciones sobre este pormenor teresiano, puede parecer ocioso. En efecto, desde 1908 se han venido publicando algunos trabajos que, centrados en el tema, ponen en claro muchas cosas. A. Morel-Fatio lo inicia: inventaría las lecturas de la Santa, y termina con la opinión general de considerarla una monja sin estudio ni letras (1). Completando la investigación bibliográfica de Morel-Fatio, otros estudiosos se han ocupado en demostrar la influencia estética que esas lecturas realizadas por Santa Teresa ejercen sobre sus obras (2) y, al hilo de ese influjo, han señalado también la deuda doctrinal que tienen con algunas de ellas (3).

Los estudios preceñentes han hecho, pues, posible que hoy tengamos una idea bastante fiel de la formación intelectual y literaria de esa mujer extraordinaria que se llamó en su siglo Teresa Sánchez de Cepeda.

A tenor de lo que va dicho cabe preguntarse si queda todavía algo nuevo que añadir a ese tema, ya viejo, de las lecturas de la Santa. Creemos que sí, porque nadie —que sepamos— ha intentado catalogar, desde una perspectiva teórica, los actos lectivos de esta mística autora. Esto es lo que nos proponemos desarrollar en las siguientes páginas.

Dice, con razón, García de la Concha que una de las coordenadas en que se inscribe la preparación intelectual

de Teresa de Jesús es la estrecha relación con la propia biografía espiritual (4), lo que, de alguna manera, equivale a decir que todas sus lecturas tuvieron un carácter formativo —informativo también, por supuesto— que explica ciertas actitudes y resoluciones suyas; actitudes y resoluciones que esas mismas lecturas informaron.

Sin duda lo sentía así nuestra Santa. A ello alude la expresión «buenos libros» repetida en varios de sus escritos. Ahora bien, con esta expresión distingue Teresa de Jesús de una forma muy simple los libros buenos de aquellos que no lo son. Analicemos la génesis de esta catalogación.

Resuelta a tomar estado, lee Teresa las Epístolas de San Jerónimo. Al cabo siente que sus preocupaciones y dudas se disipan. Este libro obra en ella como un cordial, y así nos confiesa: «Diome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros» (5). Cuando esto sucede tiene Teresa dieciocho años (1533). Cuando escribe esa frase, cuarenta y siete (1562). Lleva, pues, muchos años de profesión: su vocación ha madurado. Rememorando su vida, juzga sus lecturas con un criterio moral que no estético. Le parece que son buenos libros aquellos que hablan de religión —la expresión «buenos libros» la aplica siempre Teresa a los libros de devoción, señala Morel-Fatio (6)— y, por lógica exclusión, son libros malos todos los que se incluyen en la vertiente profana de la literatura de su época. Con un temor que implica un remordimiento extraordinario —el hecho podría explicarse desde los términos absolutos en que los pasionales perseverantes formulan y viven su ideal de vida (7)— recuerda la Santa las horas perdidas en recreación lectiva de obras profanas —libros de caballerías y quizá también otros géneros novelescos—, «porque ya entendía el daño que me habían hecho» (8).

He aquí, pues, un primer esbozo de catalogación de los actos lectivos de Santa Teresa realizado por ella misma: actos lectivos de perfección —«buenos libros»— y actos lectivos de deficiencia —lecturas de «vano ejercicio»—. Por los primeros su alma lectora subordina la información que recibe a la formación que aprovecha en el camino, siempre ascendente, hacia la Divinidad. Por los segundos siente que la formación se supeditaba a una información

(*) Doctor en Filología Hispánica, Profesor Titular de Lengua y Literatura Españolas en el Colegio de San Pablo (CEU) de Madrid.

(1) MOREL-FATIO, A.: *Les lectures de Sainte Thérèse*, en BHi, X, 1908, págs. 17-67.

(2) HOORNAERT, R.: *Sainte Thérèse, écrivain*. Paris-Lille-Bruges, 1922. JULIA MARTINEZ, E.: *La cultura de Santa Teresa y su obra literaria*. Castellón, 1922. ETCHEGUYEN, G.: *L'amour divin. Essai sur les sources de Sainte Thérèse*. Bordeaux-Paris, 1923. OECHSLIN, L.: *L'intuition mystique de Sainte Thérèse*. Paris, 1946. PEERS, E. A.: *Literary Style of the St. Teresa*, en Cross and Crown, 5, 1953, págs. 208-222. MENENDEZ PIDAL, R.: *La lengua de Cristóbal Colón*. Madrid, 1958. FLORISOONE, M.: *Estética de Santa Teresa*, en Revista de Espiritualidad, 22, 1963, págs. 482-488. GARCÍA DE LA CONCHA, V.: *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona, 1978, etcétera.

(3) GROULT, P.: *Les mystiques des Pays-Bas en la littérature espagnole du seizième siècle*. Louvain, 1927. FIDELE DE ROS, O.F.M.: *Un Maître de Sainte Thérèse. Le Père François d'Osuna*. Paris, 1936. Del mismo autor: *Un inspirateur de Sainte Thérèse. Le Frère Bernardin de Laredo*. Paris, 1948. BLANCHARD, P.: *La structure augustinienne de la pensée thérésienne*, en Divinitas, 7, 1963, págs. 351-386. OLABARRIETA, M. T.: *The Influence of Ramon Llull on the Language of the Early Spanish Mystics and on Santa Teresa*. Washington, 1966, etcétera.

(4) GARCÍA DE LA CONCHA, V.: *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona, Ariel, 1978, pág. 48.

(5) TERESA DE JESUS: *Obras Completas*. Edición de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, Madrid, BAC, 1979. Todas las citas teresianas se hacen según esta edición. Utilizamos la sigla V = Vida. La cifra citada en primer lugar indica el capítulo; la segunda, el apartado de la división habitual. V. 3, 7.

(6) MOREL-FATIO, A.: Ob. cit., pág. 19.

(7) VACA, C.: *La personalidad de Santa Teresa de Jesús*, en «Revista de Espiritualidad», 22, 1963, págs. 231-232.

(8) V. 4, 6.

que, por curiosa, diversificaba y disminuía sus esfuerzos para alcanzar una meta espiritual elevada.

Tan tajante división lectiva —«buenos libros», libros malos en la que va implícita una condena tácita de las lecturas de «vano ejercicio», creemos que ha de entenderse como un rasgo de la personalidad teresiana, la cual plantea en términos extremos, como ya insinuamos, todas las opciones de la vida. Quizá debamos también relacionarla con su actividad reformadora: excluir de las bibliotecas de sus conventos, por ponderación que no por orden —las Constituciones religiosas más importantes de su época nada decían al respecto—, todas aquellas obras que, por su índole profana, consideraba perturbadoras. E incluso, por último, tal vez podamos establecer un nexo entre esa división y la finalidad ejemplar que Santa Teresa desea tengan esos escritos suyos que le dicta la experiencia.

Hemos mencionado la palabra experiencia. Ella es la que, en una dimensión mística, define otra especie de actos lectivos —ahora sin libro— también señalados por la Santa. Nos referimos a los actos de infusión lectiva, por llamarlos de algún modo. Veamos.

Cuando con un criterio contrarreformista —lo inspiraba «el peligro que existía en entregar doctrinas difíciles de la religión a gente ruda, incapaz de comprenderlas y expuesta al contagio de la reforma protestante» (9)— el inquisidor general, a la sazón don Fernando de Valdés, publica un índice de libros prohibidos (1559) Santa Teresa se ve privada de la lectura de algunas obras en romance —«buenos libros» incluidos en ese índice— en que su alma encontraba recreación honesta.

La medida inquisitorial le supone una gran contrariedad. Mas he aquí que se le aparece el Señor y le dice: «No tengas pena, que yo te daré libro vivo» (10). La Santa, sorprendida por estas palabras, se pregunta cómo leer en ese «libro vivo». A poco, el Señor le da satisfacción cumplida.

En efecto, el 29 de junio de 1560, festividad de San Pedro y San Pablo, estando Teresa en oración, tiene una visión intelectual de Cristo. El Señor se imprime en su entendimiento «con una noticia tan clara que no parece ser pueda dudar» (11). A partir de esta experiencia, inusitada para ella, comienzan los actos de infusión lectiva en la vida de nuestra Santa. A sus cuarenta y cuatro años, Teresa de Jesús, completa ya su preparación intelectual, está, pues, capacitada para, por vía del amor, recibir una enseñanza contemplativa en la que el libro, hasta entonces vehículo importante de su ascenso perfectivo hacia Dios, deja de ser obligado intermediario.

La perfección obtenida por la lectura de los «buenos libros» culmina en estos actos de infusión lectiva, que, en adelante, le permitirán considerar prácticamente inútiles casi todas aquellas obras de devoción que había leído tantas veces. La lectura se torna un diálogo directo con Su Majestad, que, «libro vivo», «enseña el alma y la habla sin hablar» (12), en un lenguaje del cielo. Así pues, de la revelación a través de la enseñanza pasa Santa Teresa a la enseñanza por revelación. A la lección infusa.

El acto de infusión lectiva nos lo explica así la Santa: «Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras»; al mismo tiempo, «hace Dios a lo entendimiento que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice». De este modo, a través de un diálogo cuya sutileza no puede declararse, y sin trabajo alguno, «se ve

el alma en un punto sabia» y el entendimiento iluminado (13).

Toda lectura se concibe como un mudo coloquio entre lector y autor. Es cierto. Ahora bien, si en todo coloquio lectivo, ya se plantee como acto de perfección ya como acto de deficiencia, la relación lector-autor puede llegar en casos extremos a ser auténtica compenetración, en el coloquio de infusión lectiva esa misma relación es penetración íntima, embargo amoroso de plenitud: Dios, autor, trata al alma lectora «con tanta amistad y amor que —como dice la Santa— no sufre escribir» (14). Es precisamente por ello por lo que no hay libro impreso —experiencia muerta, al fin y al cabo— en que se pueda dar cuenta fiel de la experiencia mística, galvanizadora, del «libro vivo» de que nos habla Teresa de Jesús.

Hasta aquí ha sido la propia Santa quien ha catalogado sus actos lectivos. Nosotros sólo les hemos dado un nombre y buscado una explicación. Sin embargo, estamos convencidos de que esa catalogación teresiana admite precisiones desde el lado sensible de lo leído. Por ejemplo: no se ha mencionado título alguno adscrito a esos dos parámetros lectivos que denominamos de perfección —«buenos libros»— y de deficiencia —lecturas de «vano ejercicio»—. Estas páginas no estarían completas si no lo hiciéramos. Demos, pues, cuenta de este pormenor.

Desde un punto de vista teórico, solamente se pueden catalogar los actos lectivos partiendo de sus efectos en el alma lectora. En atención a esto, centrándonos en los títulos que cita la Santa en su vida, y en los efectos que a su lectura les atribuye, precisaremos esa catalogación tan simple que, por cierto, ella misma realizó en esa obra.

De nuevo vemos que en Teresa de Jesús no puede separarse su formación doctrinal de su proceso biográfico espiritual. Se impone, pues, en primer término, trazar una breve reseña de su vida, orientada a destacar aquellos momentos en que un libro, que deja huella, viene a sus manos; después, intentar un registro más exacto de sus lecturas a tenor de sus efectos.

Tres períodos podemos considerar en la biografía de la Santa de Avila (15). Incluye el primero desde el nacimiento de Teresa un 28 de marzo de 1515 en el seno de una familia hidalga, acomodada, con antecedentes semitas por la línea paterna, hasta su ingreso como educanda en el convento de agustinas de Santa María de Gracia en la primavera de 1531. Son los años de su niñez y mocedad. Vive rodeada de sus numerosos hermanos, y es querida por todos. El segundo período se extiende desde el 2 de noviembre de 1535 en que, contrariando a su padre, entra en el convento carmelita de la Encarnación, en Avila, hasta 1560 en que se resuelve a hacer una reforma de la Orden del Carmelo. Esta etapa se inicia tras una grave enfermedad que la tuvo «toda encogida, hecho un ovillo, sin poderme menear, ni pie, ni mano; ni cabeza, más que si estuviera muerta» (16), y se prolonga durante casi veinte años. Años de vacilaciones y sufrimientos, éxtasis y sequedades de espíritu, hasta el momento de la transverberación en que un querubín, que ve a su siniestra, le arroja una larga saeta de oro, que, traspasándole el corazón, la deja inflamada de amor divino y presa de tan recios dolores que le hacen exhalar continuos gemidos. Por último la fundación de San José, primer convento reformado, en agosto de 1562 señala el comienzo del tercer período, caracterizado por su actividad como fundadora y escritora, que con-

(13) V. 27, 6; 27, 8; 27, 9.

(14) V. 27, 9.

(15) Los datos biográficos que se incluyen están ordenados según la obra de EFREN DE LA MADRE DE DIOS y OTGER STEGINK: *Tiempo y vida de Santa Teresa*. Madrid, BAC, 1977.

(16) V. 6, 1.

(9) MENENDEZ PIDAL, R.: *El estilo de Santa Teresa*, en «La Lengua» de Cristóbal Colón. Madrid, Espasa-Calpe, 1978, pág. 120.

(10) V. 26, 6.

(11) V. 27, 5.

(12) V. 27, 6.

cluye con su muerte el día 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes.

Dice Friedrich Hebbel que creer posible algo es hacerlo cierto. Pues bien, sustentando las certezas de Teresa de Jesús encontramos siempre un libro. La lectura viene en su ayuda en casi todos los desabrimientos de la conciencia, lo que, en parte, no nos extraña. Su padre, don Alonso, era «aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos éstos» (17). En el hogar de los Sánchez de Cepeda eran los libros instrumentos de formación fundamental, libros que — como afirma el P. Efrén de la Madre de Dios— «se leían en voz alta, escuchados por toda la familia» (18). Las vidas de santos y los Evangelios, principalmente. Sabemos también que Teresa no se contentaba con escuchar. Ella, que a los siete años ya sabía leer y comprender lo que leía, volvía sobre aquéllos para repasar los lugares que más le habían impresionado. Pronto, acuciada por otras curiosidades, saltó de la literatura religiosa a la profana. A esa misma edad, en efecto, se aficionó a los relatos de caballerías, hasta el extremo de embeberse en ellos, siempre a escondidas de su padre, al cual se le antojaban perniciosos (19).

He aquí, pues, cómo el Martirologio, los Evangelios y los libros de caballerías saciaron sus inquietudes infantiles.

La estancia de Teresa en el convento de agustinas de Santa María Gracia, cuando apenas contaba dieciséis años, sabemos fue decisiva para su futura vocación religiosa. Su maestra, María de Briceño, supo ganarla con cariño a la causa de Dios. Pero, en verdad, que no hay en la vida paso tan digno de ser meditado como este de tomar hábito. Teresa, que por razones de salud, había abandonado la casa de Gracia, estaba ya resuelta a ser monja. Durante su convalecencia, de paso hacia Castellanos, lugar donde residía una hermana casada, se quedó unos días con su tío don Pedro en Hortigosa. Este don Pedro, hombre de grandes virtudes, que acabaría fraile jerónimo, en pláticas íntimas con su sobrina le aconsejó la lectura de las Epístolas de San Jerónimo, que él tenía en traducción, por mor de fortalecer su vocación confesada (20). No bastó más. Teresa sintió entonces la fuerza de la llamada divina y se determinó. De regreso a Avila huyó de su casa, para que así el padre, que por motivos que se nos escapan no accedía a darle su consentimiento en este punto, tuviera que aceptar la lógica de los hechos consumados.

Otra vez, pues, el libro en la vida de Teresa de Jesús. Ahora sirviendo de apoyo intelectual y moral a una decisión inquebrantable.

En el otoño de 1538, un año después de su profesión como carmelita, su naturaleza, debilitada, sin duda por las grandes y extraordinarias penitencias que hacía en rigurosa observancia de la pureza de la Regla, se derrumbó. «Comenzáronme — nos confiesa— a crecer los desmayos, y diome un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien le veía, y otros muchos males juntos» (21). La medicina oficial de la época no acertaba en el diagnóstico, y Teresa se agravaba. Como recurso extremo su padre decidió confiarla a una curandera famosa residente en Becedas, pueblecito de la serranía de Béjar. Hasta alcanzarlo desde Avila pasaría mucho tiempo. De camino se detuvo de nuevo en Hortigosa. Allí el buen don Pedro, hermano de don Alonso, su padre, puso en manos de Teresa un libro: el Tercer Abecedario del franciscano Francisco de Osuna. Esta obra, publicada en Toledo en 1527, es la tercera parte de un tratado de cinco, la originalidad

de cuya doctrina lo acredita como uno de los mejores escritos de la mística española. Holgóse mucho Teresa con su lectura. Recobró la estabilidad su vida interior — manifestación fisiológica de su anterior desasosiego eran tal vez los dolorosísimos achaques que padecía, y que, con entereza, soportaba recordando la historia de Job leída en las Morales de San Gregorio (22)—, y halló, por fin, en la práctica de la oración de recogimiento que Osuna recomendaba el vehículo idóneo para su unión con Dios (23). Este libro, cuyos pasajes más importantes aparecen subrayados de propia mano en el ejemplar que usó la Santa y hoy conservamos, ocupa un lugar preferente en la formación intelectual y religiosa de Teresa de Jesús. El preparó singularmente su alma para recibir las numerosas mercedes divinas que se sucederían, desde su lectura, hasta aquel culmen de la transverberación ya comentado. Mercedes divinas que habían de poner tanta confusión en el ánimo de sus amigos y hermanas conventuales, en especial porque se manifestaban como deliciosos sufrimientos, y es que «en contra de una creencia muy extendida entre las gentes no es la alegría o el deleite el componente afectivo dominante o exclusivo en el arrobamiento místico. Sobre todo, en Santa Teresa, se marca un éxtasis doloroso, en cuyo trance brota o emerge el placer más agudo del mánial donde fluye el dolor más acerbo» (24).

La lectura vuelve a reparar una corazón dolorido. Obra aquí de eficaz lenitivo en un alma acongojada. Al mismo tiempo ahormará «intelectualmente» las experiencias místicas de la Santa.

Al hilo de la vida de Teresa de Jesús podemos citar otros ejemplos en los que la lectura viene a ser el fijador fotográfico de los inefables estados a que accede su alma. Así, cuando en la Cuaresma de 1554 se produce su conversión «ante un Cristo muy llagado», episodio que no es sino el grado sumo de arrepentimiento que un alma puede alcanzar movida por la contemplación de los padecimientos redentores de Jesús (25), la expresión verbal anímica de aquellos instantes va a encontrarla Teresa, poco tiempo después, en la lectura de un fragmento similar de las Confesiones de San Agustín, en donde — y estas son sus propias palabras— «paréceme me veía yo allí» (26). Abundando en esto que decimos, los raptos celestiales, auténticos paréntesis de beatífico gozo, que, en otras ocasiones, experimenta su alma en virtud de la oración, no puede comunicarlos a sus prevenidos confesores si no es a través del subrayado de pasajes paralelos sintomáticos que encuentra en la lectura de la «Subida del Monte Sión» del místico Fray Bernardino de Laredo (27).

Dos títulos más menciona expresamente la Santa en su vida: «Arte de servir a Dios», del franciscano Alonso de Madrid (28), y «La vida de Cristo», del padre cartujo Ludolfo de Sajonia (29). El primero de ellos corresponde a una obra de devoción muy difundida en el siglo XVI; el segundo, a una obra escrita en latín y traducida al romance en 1502 por Fray Ambrosio de Montesinos. Ambos ayudaron mucho a Teresa en su vida espiritual. Del Arte de servir a Dios aprendió la meditación concentrando el efecto en

(22) V. 5, 8.

(23) V. 4, 6.

(24) NOVOA SANTOS, R.: *Patografía de Santa Teresa de Jesús* (Madrid, Morata, 1932, pág. 29).

(25) Comentando este hecho de la vida de la Santa, dice Angel L. Cilveti: «No se trata de la conversión del pecador a la vida moral, que puede existir en grado notable. Así, el mencionado episodio de Santa Teresa tiene lugar después de muchos años de sincera vida religiosa. Propiamente es la conversión a una ascesis heroica, que se ordena a la unión con Dios y lleva consigo el perfeccionamiento moral extraordinario». CILVETI, A. L.: *Introducción a la mística española*. Madrid, Cátedra, 1974, págs. 17-18.

(26) V. 9, 8.

(27) V. 23, 12.

(28) V. 12, 2.

(29) V. 38, 9.

(17) V. 1, 1.

(18) EFREN DE LA MADRE DE DIOS: *Teresa de Jesús*. Madrid, BAC Popular, 1981, pág. 9.

(19) V. 2, 1.

(20) V. 3, 7.

(21) V. 4, 4.

Cristo, con cuya «preciosa compañía» establece el alma un íntimo coloquio. Los comentarios del cartujano enriquecieron la imagen que de la dimensión humana del Salvador tenía la Santa; dimensión que, muchas veces, era punto de arranque de sus oraciones.

Como vemos, no todas las lecturas que, en paralelo obligado con la biografía de Teresa de Jesús, hemos señalado se ordenan a los mismos fines, ni actúan de igual manera en el espíritu de nuestra autora. De unas obtiene firmeza resolutive y vocación; de otras, conocimiento y ascesis preparatoria de místicos deliquios.

Si ahora tratamos de precisar la categoría a que pertenecen los actos lectivos que realiza la Santa en la asunción intelectual de todas esas obras, tendremos forzosamente que remitirnos a un poco conocido trabajo de Pedro Lain Entralgo titulado «Notas» para una teoría de la lectura (30). Tras señalar el carácter de silencioso coloquio —lector-autor de lo leído— que tiene la lectura y definir el coloquio lectivo como acto de recreación —«la lectura recrea y nos recrea»—, este ilustre profesor pasa a distinguir tres especies cardinales en la lectura; conviene a saber: la lectura diversiva, la convivencial y la perfectiva. Todas ellas están presentes en la vida de la Santa abulense. De casi todas ellas son ejemplos los libros anteriormente citados, que salen al paso en distintas circunstancias de su trayecto humano.

Lectura convivencial —en el fondo todo acto lectivo puede serlo—, con destinatario en un «tú» que es su «yo» lector, realiza Teresa en las Epístolas de San Jerónimo, aquellas cartas que, traducidas al castellano por el bachiller Juan de Molina en 1520, no sólo deciden su vocación religiosa, sino que merced a la viveza de su estilo mueven su ánimo al combate por una fe ya amenazada por la reforma protestante. Lectura en parte convivencial fue también para ella las Confesiones de San Agustín, relato en que creía —más bien quería— ver su propio proceso de conversión espiritual.

Dos tipos de lectura perfectiva señala Lain en esas Notas por las que nos guiamos: de autoedificación —aquella que nos influye porque «endereza a la formación o edificación de la propia entidad, desde el punto de vista de su contenido en acciones, obras y hábitos» (31)— y de autoofrecimiento —aquella que nos influye «no por su aportación al contenido de nuestra existencia, sino por la ayuda que presta en la faena de orientarla» (32)—. Por su especial condición religiosa, casi todos los actos lectivos que lleva a cabo Teresa de Jesús desde su profesión carmelitana en 1537, y cita en su vida —«Tercer Abecedario», «Morales», «Arte de servir a Dios», y «La vida de Cristo»— combinan la perfección edificativa con la oblativa en una proporción difícil de determinar. El componente oblativo se hace más claro en sus relecturas de las vidas de los santos, iniciadas de nuevo tras aquella visión en que el Señor se le ofreció como «libro vivo» (1560), porque, comenzando de allí a poco su actividad reformadora, le animaban mucho (33). Sin duda le daban fuerzas para vencer las dificultades que inicialmente se derivaron de esa actividad.

Antes de considerar las lecturas diversivas de nuestra autora se nos plantea una duda: ¿cómo llamar a aquellos actos lectivos en que se usa la experiencia ajena para ejemplificar la inefabilidad de la propia? Tal ocurre con ese famoso volumen titulado «Subida del Monte Sión» del franciscano Laredo. A Pedro Lain se le escapa esta especie

— muy pocos lectores en verdad son místicos— que nosotros denominaremos lectura especular, por cuanto una experiencia ya decantada es espejo de una vivencia virgen.

Refirámonos ya, por último, a las lecturas diversivas de Teresa. En este punto es donde con más facilidad se ilustran los efectos lectivos.

Afirma Lain Entralgo en el trabajo mencionado que, en principio, cualquier lectura puede divertir; todo depende de quién lee y de cuándo se lee. Y añade que la lectura puede divertirnos transmutándonos imaginariamente (34). He aquí la palabra que señala el principal efecto que suele producir la lectura diversiva: transmutar. Esto es: convertir; convertir al lector en protagonista, mudarlo, al hilo de la acción, en alguien o algo que quisiera ser y no es.

Circunscribiéndonos a Teresa de Jesús podemos asegurar que aquellas vidas de santos y libros de caballerías a que tan aficionada era en su niñez y mocedad obraron por sugestión en su inconsciente remoto el milagro de una transmutación eficaz. No en vano señala García de la Concha la convergencia —libros de caballerías a lo humano y a lo divino— que se da entre estas dos familias de lecturas de nuestra autora (35).

Bajo el influjo de sus lecturas de las vidas de santos actuaba Teresa en 1522 cuando, con apenas siete años, huyó de casa en compañía de su hermano Rodrigo a tierra de infieles en busca de martirio. Ella nos lo explica así: «Como vía los martirios que por Dios las santas pasavan, parecíame compravan muy barato el ir a gozar de Dios, y deseava yo morir así (no por amor, que yo entendiese tenerle, sino por gozar en breve de los grandes bienes que leía haver en el cielo) y juntárame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto: concertávamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen» (36). He aquí, pues, una transmutación lectiva cuyo efecto pretende ser el sacrificio por la confesión de la fe de Cristo.

Como acabamos de ver, en el caso del Martirologio la sugestión activa de su lectura fue inmediata. En cambio, los libros de caballerías obraron como sustrato en la conciencia de Teresa. Mas, ¿qué libros de caballerías pudo leer? De entrada diremos que cuantos cayeron en sus manos, porque le embecía su lectura —y no sólo a ella, sino a su madre que se los proporcionaba— hasta el extremo de que, así nos lo confiesa, «si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento» (37). Después, y por citar tan sólo los más populares, estamos seguros de que nuestra autora leyó con fruición «El Caballero Cifar», «Amadís de Gaula», y su larga descendencia de Lisuartes y Palmerines. Pero, ¿hasta qué punto influyeron por transmutación remota estas lecturas caballescadas en la milicia religiosa de Teresa de Jesús? Es difícil de precisar, máxime cuando, andando el tiempo, juzga éstas la Santa como actos lectivos de deficiencia. Ahora bien, quisiéramos ver una divinización de elementos caballescados —al fin y al cabo transmutación de signo diferente— en ciertas actitudes vitales de Teresa. No en vano se ha observado que la vida de los héroes de ficción de estas novelas encuentra un correlato bastante perfecto en la de muchos españoles del siglo XVI.

Hasta aquí nuestro trabajo. Confíemos en que esta doble catalogación de los actos lectivos de Teresa de Jesús, que hemos realizado, contribuya a un más exacto conocimiento de la naturaleza de sus lecturas, del criterio selectivo que las ordenó y de los efectos que en ella tuvieron.

(30) LAIN ENTRALGO, P.: *Notas para una teoría de la lectura*, en *La aventura de leer*. Madrid, Espasa-Calpe, 1964.

(31) LAIN ENTRALGO, P. Ob. cit., pág. 209.

(32) *Ibid.*, pág. 211.

(33) V. 30, 17.

(34) LAIN ENTRALGO, P. Ob. cit., págs. 200-201.

(35) GARCÍA DE LA CONCHA, V. Ob. cit., pág. 50.

(36) V. 1, 5.

(37) V. 2, 1.